

ASOMAR LA CABEZA TARDE

Tras las tragedias ferroviarias padecidas (la de Adamuz, en Córdoba, por alcance de número, pero sin olvidar al maquinista y heridos en Cataluña, y la gran suerte tenida en Asturias) solo cabe el respeto a todas las víctimas (fallecidos, heridos y todo el resto que se ha visto involucrado directamente), como a familiares, pues no es posible asimilar sus sentimientos por más gestos de buena voluntad y empatía que se quieran exponer. E investigar las causas por quienes están preparados, técnicamente, para ello (sobran todos los demás, que siempre, y desgraciadamente, son multitud), y esperar sus conclusiones en tiempo razonable, de modo que se puedan objetivar con una certeza incuestionable las causas reales, para prevenir de modo inmediato cualquier otra desgracia y, a su vez, hacer que las cuestiones judiciales y trámites burocráticos se desarrollen a “alta velocidad”, para evitar que la acostumbrada, y odiosa, extensión del tiempo en aplicar las responsabilidades y generar las debidas compensaciones (aunque nunca se podrán compensar las pérdidas humanas) no arrolle de nuevo a quienes han padecido las desgracias. Cuestión ésta que se suele dar, como se ha podido comprobar en otros desgraciados eventos.

Porque lo que sigue siendo moralmente despreciable (incluso, para mí, perfectamente punible, creyendo que ya va siendo hora de aplicar leyes contra tanta estupidez, por, socialmente, dañina), es la utilización del suceso para demostrar la ausencia de raciocinio de cierto tipo de personas que empiezan a pulular de modo espectacular. No solo las que marcan el proceso desde posiciones iniciales de intoxicación, sino todas aquellas que las replican de modo exponencial. En el contexto que nos ocupa, y con respecto a “figuras públicas” (de amplio espectro) no quiero entrar aquí a explayarme sobre lo que puedo pensar de ciertas aseveraciones desde el minuto uno (no las publicarían, por cuestiones obvias), para tratar de convertir la desgracia en ganancias políticas. Aseveraciones que se hubieran dado, sin lugar a la más mínima duda, en posiciones opuestas. Ya hemos podido observar, de modo nítido y constante, cómo algunas personas irresponsables (estúpidas y dañinas) respecto al cargo que ocupan, y por el cual les pagamos, se han zambullido en el aprovechamiento de las redes sociales para crear las condiciones de polarización social que, insisto, debieran analizarse para ver responsabilidades judiciales punibles, y aplicarlas estrictamente, pues se están convirtiendo en la herramienta para que terminemos en situaciones, desgraciadas y penosas, que debieran de haber quedado superadas hace muchísimos años.

Dicho lo anterior (que no puede ser interpretado, espero, bajo ningún sesgo partidario), quiero poner, aquí, sobre el tapete de la argumentación, que se ha vuelto a producir lo que, creo, pasa en todos los campos profesionales. Las advertencias de los correspondientes “pepitos grillo”, en relación a posibles problemas, pueden no ser atendidas como debieran, y, de devenir en consecuencias, los mismos que las obviaron se movilizan para conseguir sus coberturas de ausencia de responsabilidad, incluyendo,

sin la menor vergüenza, cualquier opción de posibilitar el “desvío de miradas” hacia aquellos que les advirtieron con mucha antelación. Saben que, incluso en situaciones gravísimas, el tiempo se encarga de difuminar la realidad a través de la concertación de silencios y/o relatos a conveniencia. Preservar sus cabezas es su objetivo. Por tanto, evitarán asomarla o lo harán, cuando no haya otro remedio, tarde (y, probablemente, con salidas concertadas). Muchos ejemplos tenemos en nuestra Historia reciente, con distintas “marcas” políticas. Pero se da a cualquier nivel social/empresarial.

Fdo.: Javier M. Elizondo Osés.



Pamplona 26 de enero de 2026